LA TENTACION FUNDAMENTALISTA

Antonio Blanch

ESTE ha sido el título del Foro sobre el Hecho Religioso de este año (Majadahonda, 27-29 septiembre, 1991), pero referido más concretamente al Cristianismo y al Islam. El fundamentalismo ¿es una tendencia endógena de las religiones monoteístas? En todo caso, resulta ser, hoy como antaño, un fenómeno que puede estar tomando un cierto auge, hasta el punto de ir levantando muros de incomprensión entre los pueblos y resultar, además, un serio obstáculo para todo diálogo ecuménico. De ahí la importancia y oportunidad del tema escogido esta vez. El programa de las sesiones de diálogo estaba estructurado a partir de tres ponencias básicas, que fueron desarrolladas por los profesores Manuel Fraijó (Madrid), Rafael Aguirre (Bilbao) y Roger Garaudy (Córdoba), a las que se añadieron otras dos miniponencias de los profesores Ignacio Sotelo (Berlín) y Andrés Tornos (Madrid). Ni que decir tiene que estas intervenciones y los diálogos subsiguientes resultaron muy vivos e interesantes, debido al gran número de participantes (casi un centenar) y a la gran variedad de sus procedencias y convicciones.

Fundamentalismo y monoteísmo

Como el Foro iba a centrarse básicamente en lo religioso, partíamos, al hablar del fundamentalismo, de aquel movimiento protestante que surgió en los Estados Unidos a fines del siglo 18 y comienzos del 19, que propugnaba, con gran rigor dogmático, una lectura literalista de la Biblia. Fue una reacción contra la Modernidad y, como tal, recelaba del racionalismo de algunos teólogos y de quienes pretendieran tender puentes entre la fe y la cultura profana. En lugar de ello, aquel movimiento antiguo, como cualquier otro fundamentalismo actual, intentará construir una visión globalizadora propia y exclusiva, con la que interpretar el cosmos y la historia. Es curioso notar, en relación con los fundamentalismos cristianos que, además de gozar de una gran capacidad de movilización po-

pular, también suelen tener aceptación en los sectores sociales más desarrollados y entre gentes de las altas esferas. También podría decirse que el fundamentalismo religioso brota allí donde se está viviendo una gran humillación social o un gran fracaso político, como fue el caso del judaísmo superortodoxo surgido del exilio babilónico o como está ocurriendo en nuestros días en tantas áreas del Islam, en pueblos hasta hace poco severamente dominados por Occidente.

AHORA bien, en las tres religiones proféticas de raíz semítica (Judaísmo, Cristianismo e Islam), el fundamentalismo, cuando se da, parece derivarse precisamente de la misma forma radical y exclusiva de entender su monoteísmo sustancial, sobre todo en circunstancias políticas en que un pequeño pueblo, que se dice elegido por Dios, experimenta el acoso ya sea de otros pueblos circunvecinos o de ciertas mentalidades adversas. En estos casos el sentimiento de contar con una especial ayuda de Dios frente a tales adversarios lleva a que se absolutice esta predilección, convirtiéndola en exclusiva y excluyente, y puede llegar a generar, en nombre de Dios, acciones violentas de invasión sobre los demás y de destrucción. El monoteísmo, pues, siempre que se particulariza, degenera en fundamentalismo.

Y aquí surge la delicada cuestión sobre la pretensión de universalidad del Cristianismo, que también se debatió en el Foro. Al suponer que Dios quiere que todos los hombres se salven y que no hay más salvación que la de Cristo, ¿es legítimo afirmar que todos los hombres son cristianos explícita o anónimamente? ¿No surgirá esa pretensión, aunque mucho se matice, de un germen fundamentalista? ¿Puede predicarse de la religión cristiana el adjetivo de absoluta, sin caer con ello en los vicios de un monoteísmo particularista, odioso y cruel? «Si no queremos que la fe cristiana en el Dios verdadero se hunda en la miseria del monoteísmo, hemos de evitar que se identifique con el monoteísmo» (J. Moltmann). Excluyamos, pues, del Cristianismo, como de las demás religiones, tal pretensión absolutista; intentemos, más bien, comprender –no si es o no es absoluta– sino hasta qué punto una religión es o no es verdadera, es decir, cómo se da y se propicia en ella una auténtica experiencia de lo divino, que sea experiencia de salvación, y cómo se traduce luego esta experiencia en una profunda transformación personal y en un deseo eficaz de ayudar a los demás hombres.

Además, la tentación fundamentalista puede surgir, en estas tres religiones, del hecho de fundamentar su fe en un libro inspirado. Por eso no podíamos dejar de recordar en el Foro esta posible correlación. En relación con el pueblo judío, entendimos cómo esos creyentes no sólo alimentan en la Biblia su fe en Dios, sino que este libro inspirado constituye para ellos el medio más fundamental de mantener su identidad étnica. De ahí que aparezca tantas veces en Israel la tentación de usar

políticamente la palabra de Dios para afirmar una sagrada particularidad nacionalista. También en el Cristianismo aparece esta tentación cuando se mantiene entre sus fieles una actitud literalista frente a los textos sagrados, o siempre que se excluya una interpretación crítica y personalizada de la palabra inspirada, la cual se reconoce ser al mismo tiempo humana y divina. En este sentido, acaso el Protestantismo aparezca más proclive al fundamentalismo bíblico; aunque no han faltado, también entre los católicos, corrientes integristas o la tendencia a un excesivo control eclesiástico sobre la interpretación bíblica. No debe olvidarse, sin embargo, que el Cristianismo no es tanto una religión del libro —como lo son las otras dos— sino una religión centrada en la persona de Cristo, quien se convierte en el criterio fundamental de la lectura de los textos sagrados. Para los musulmanes, en cambio, el Corán es una copia exacta de la palabra de Dios y la norma suprema y directa no sólo para la fe sino para todos los aspectos de la vida (culturales, políticos, familiares, etc.). Ahora bien, esta estricta sumisión a la letra, vivida desde la infancia y aplicable a todo, puede fácilmente provocar comportamientos sociales de cuño fundamentalista.

En resumen, habría que concluir que los textos sagrados hay que leerlos desde la vida y para la vida; por ello resulta siempre erróneo y perjudicial «leerlos con los ojos de los muertos».

Un fundamentalismo secularizado

COMO resultado directo de la pérdida de religiosidad en Occidente, parece haber surgido casi desde el Renacimiento, un sustituto secular de las religiones, que hegemoniza las aspiraciones más profundas del hombre y por ello acaba siendo un nuevo fundamentalismo social, conquistador y excluyente. Al recordar en el Foro esa transformación histórica, nos referíamos específicamente al «espíritu del capitalismo», que domina desde hace unos siglos el horizonte de la cultura occidental más desarrollada. Se trata, en efecto, de un nuevo sistema de interpretación y de transformación del cosmos, de la sociedad y de la persona, que suplanta radicalmente los valores más genuinos del Cristianismo. Dos fórmulas se propusieron en el Foro, que definían esta pseudo-religión secular: «el monoteísmo de mercado» (Garaudy) o «la acumulación indefinida» (Sotelo). Es cierto que —como ya había analizado con penetración Max Weber— hay que reconocer, en este fundamentalismo capitalista, raíces calvinistas (en cuanto que se consideraban signos de «salvación predestinada» la laboriosidad, la propiedad y el éxito económico); pero con el gran desarrollo técnico ocurrido modernamente, las pretensiones absolutas y excluyentes de dominación «providencial» y de conquista, han sido asumidas de modo totalmente abusivo por los países

materialmente más prósperos de Occidente y últimamente también en el Japón. El hecho indiscutible de la voluntad de dominación universal, ejercida primero por los imperios coloniales y hoy por el imperialismo industrial y financiero del neocapitalismo más feroz, resulta tan trágicamente injusto e ideológicamente absurdo que sólo puede explicarse por una arrogante pretensión religiosa de creerse estas superpotencias de alguna manera «elegidas» para llevar la «salvación» a todo el planeta, lo que equivale a un cierto endiosamiento del mercado.

Ante este hecho lamentable, desde la perspectiva de las grandes masas humanas, resulta fácil comprender algunas cuestiones que, en la hipótesis occidental no pueden entenderse nunca del todo. ¿Por qué, por ejemplo, en los pueblos del Islam no se ha desarrollado normalmente el espíritu del capitalismo, como tampoco ha enraizado en ellos con fuerza un socialismo anti-capitalista? Y es que, sólo superando el gran prejuicio del Norte, se comprende la gran fuerza de resistencia que han desarrollado secularmente estos otros pueblos contra los fundamentalismos occidentales, así como la necesidad que experimentan de poder realizar una transformación social mucho más acorde con sus propios dinamismos, étnicos, culturales y religiosos. Todo lo cual nos invita a superar nuestros férreos esquemas mercantilistas, para empezar a apreciar toda esa inmensa zona del planeta, que los occidentales hemos denominado «el tercer mundo», poco respetable por cierto, al estar vista como «subdesarrollado», y necesitar, como tal, de una «conversión» a nuestro monoteísmo capitalista.

Islam no es Islamismo

ANTES de abordar el tema tan importante del diálogo entre el Cristianismo y el Islam, nuestras discusiones en el Foro nos llevaron a asumir una precaución absolutamente necesaria, a saber, que, al hablar del Islam, conviene siempre distinguir esta religión auténtica de sus frecuentes exageraciones fundamentalistas, que son por desgracia muy actuales, y que es lo que debería designarse con el nombre peyorativo de Islamismo. Si en este término incluimos tantas manifestaciones de fanatismo y violencia musulmanas, que es lo que mejor conocemos —porque en ellas especialmente se han centrado la enseñanza y los medios de comunicación en el Occidente cristiano—, nos queda entonces por descubrir lo principal y más positivo del Islam, que es su auténtica y profunda religiosidad, con sus ramificaciones místicas. Se trata, en efecto, de una gran religión milenaria que ha sido y sigue siendo el alma de la moral y de la cultura de cientos de millones de musulmanes, hoy como ayer. El islamismo, en cambio, sería una enfermedad, una grave deformación de la verdadera religión coránica. Por desgracia, hay

que reconocer que en muchas regiones islámicas esta decadencia es hoy flagrante y públicamente dominante, debido en parte a las razones antes apuntadas de la resistencia política al capitalismo y posiblemente también al socialismo occidentales. Pero ello no debería impedirnos contemplar los notables brotes de regeneración que se están dando en muchas partes del mundo islámico y, en todo caso, no debería empañar la fuerza y originalidad de una religión que quiso ser, desde su nacimiento, una purificación de lo que de imperfecto históricamente se había introducido en la gran corriente monoteísta iniciada por Moisés y culminada por Jesús.

Divergencia y acercamiento entre el Islam y el Cristianismo

UNA vez reconocidos los riesgos de fundamentalismo que se observan en estas dos religiones, no podíamos menos que abordar el modo de mejorar el diálogo entre ellas. Es importante partir siempre del reconocimiento de Jesús que se halla en el Corán, como un profeta completamente sometido a Dios. Hay que partir también del convencimiento de que el Islam representa hoy uno de los movimientos religiosos de fe más profunda, una fe orante y adorante del Dios vivo, que es también el Dios de los patriarcas y de los profetas, el Dios de Jesús. Convendría, además, intentar conocer con renovada atención a algunos de los muchos escritores religiosos musulmanes y a sus místicos («sufíes»), en cuyas palabras sin duda descubriremos ecos del evangelio cristiano y por ello no resultará difícil sentirnos muy identificados con sus experiencias religiosas más íntimas y auténticas. (Entre todos los escritores que se citaron, el que más sobresalió fue Ibn Arabí). También podríamos fácilmente sentirnos en sintonía con muchas de sus prácticas religiosas, especialmente las que tienen como base alguno de los famosos «cuatro pilares»: la oración, el ayuno, la peregrinación y la limosna en favor de los necesitados. Naturalmente, las divergencias, en cuanto a fórmulas y signos externos, pueden resultar también muy grandes, especialmente en lo referente a la doctrina. Pues una de las grandes diferencias entre Islam y Cristianismo radica precisamente en que aquella religión apenas ha desarrollado dogmas ideológicos y la autoridad del magisterio es allí casi nula (sólo se da un colegio de sabios o «muftís»). También resulta muy diferenciador entre ambas religiones el hecho de que en el Islam la distinción, que hacemos los cristianos, entre lo espiritual y lo temporal no se considera religiosamente válida. Todo lo histórico y terrenal está allí directamente sometido a lo religioso; de ahí el peligro, antes indicado, de la instrumentación teocrática en el Islam.

Por lo demás, para favorecer este diálogo religioso habrá que tener también muy presentes las actitudes, imprescindibles hoy en buena antropo-

logía, para el encuentro entre culturas diferentes. No basta con una imprecisa sintonía mística; las religiones son también cultura, es decir, una serie de conductas y unos sistemas de signos que permiten establecer una identidad personal y comunitaria (A. Tornos). Hay, pues, que familiarizarse más con estos aspectos culturales. Para ello, habrá que corregir metódicamente no sólo nuestros fundamentalismos religiosos sino también el etnocentrismo latente en tantos hábitos intelectuales y de conducta, que injustamente asumimos como óptimos y universalizables. Finalmente, recojo algunas otras recomendaciones propuestas por algunos de los asistentes al Foro más identificados con el Islam: Hay que tener paciencia; las prisas son diabólicas. Hay que esforzarse en conocer el verdadero Islam, no el fundamentalista. Hay que acercarse al Islam con entrañas de compasión, y con humildad y tolerancia, pues, como ha escrito Arthur Koestler, «todos tenemos la suficiente religión para odiarnos, pero no la necesaria para amarnos».

Entre el monoteísmo y el politeísmo

YA hemos dicho antes cómo el monoteísmo puede convertirse en tentación fundamentalista. Por ello, en diversos momentos del Foro, nos fuimos preguntando cómo acertar a corregir el rigor absolutizante de nuestro monoteísmo. Por otra parte, se observa hoy una cierta vuelta de los politeísmos blandos, valorales y culturales. También hubo quien abogaba por un serio dualismo religioso, atribuyendo al mal una identidad casi divina. Naturalmente, la mayoría parecía rechazar ambas salidas. La politeísta, por considerar que, al hablar de ello, lo hacíamos de una forma figurada y falaz. El dualismo absoluto, porque el mal, más que una realidad cósmica, debe entenderse como un hecho básicamente histórico y también como una fuerza entrañada en la misma persona humana. El monoteísmo duro, por consiguiente, habrá de ser corregido por otros conductos, como el de una seria y constante desmitificación, desde la fe en el Dios-Agapé, que es, inseparablemente, Vida, Sabiduría y Amor, es decir, Uno y Trino. Esta parece ser la mejor manera de romper la vieja y dura tenaza mental entre lo uno y lo múltiple. También se podrá mitigar el monolitismo racionalista —al que somos tan propensos en Occidente— ejerciendo una vigilancia permanente y una humilde autocrítica contra las absolutizaciones a que tiende nuestra conciencia. Para ello es imprescindible —así se reconocía por los teólogos del Foro— colocar en el centro de nuestras experiencias fundantes el misterio del sufrimiento humano y el de la cruz de Cristo. La Cruz será así el mejor correctivo contra los falsos monoteísmos y de las divinizaciones, tanto de la razón como de la ambición capitalista.